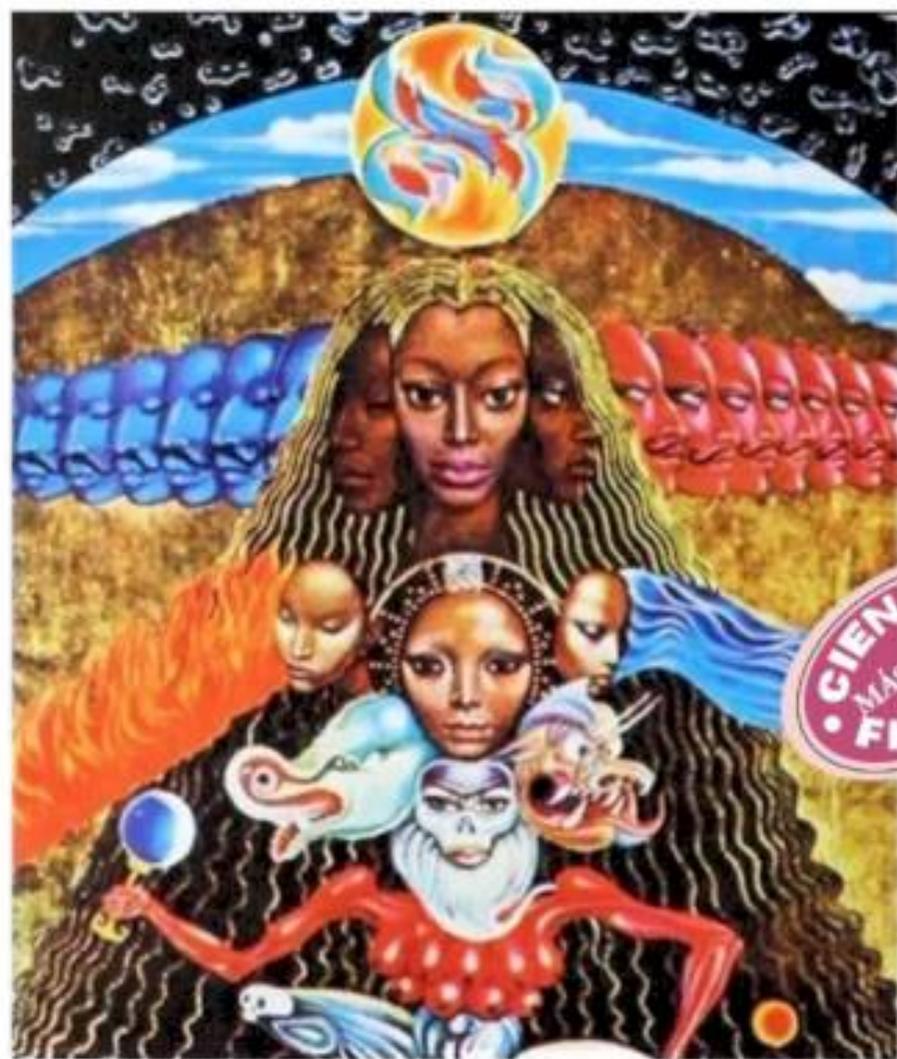

George Alec Effinger

Hermanos



Hermanos es una ucronía, una historia situada en un mundo en el que Alemania (sic) ganó la guerra mundial, no la segunda sino la primera. Fue una victoria pírrica que supuso gran costo para el país. Bajo este supuesto, en *Hermanos* se entretajan tres historias con protagonistas que llevan el mismo nombre (de allí el título original de la novela, *Relatives*, que en realidad alude a familiares o amigos cercanos). Estos personajes viven en diferentes épocas y lugares, incluso quizás en distintos universos paralelos. La narración presenta un discurso ideológico embebido en la trama y es una especie de reflexión sobre la opresión que los diferentes gobiernos ejercen sobre los ciudadanos.

A Victoria Schochet, la Santa Madre Cabrini del mundo editorial. O quizá la Ma Barker.

«Existen tres grandes novelas que desarrollan el tema de los mundos paralelos: *El hombre en el castillo*, de Philip K. Dick; *Bring the Jubilee*, de Ward Moore y *Hermanos*, de George Alec Effinger». -Fritz Leiber

«Lo hizo con su propio esfuerzo y nos asombra-
mos ante un escritor tan joven, tan vigoroso, tan
bueno, que estuvo a punto de obtener el premio
Nebula con su primera novela, y que su segunda
(*Hermanos*) sea mejor que muchas de las nues-
tras». -Harlan Ellison

«Recién está en sus comienzos, pero ya se en-
cuentra en los más altos lugares de la literatu-
ra... ¡y no hay señales de que se detenga!» -
Theodore Sturgeon

NOTA

Parte de este libro apareció en forma ligeramente modificada en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, abril de 1973, con el título de «The City on the Sand», y en *Bad Moon Rising*, selección de Thomas M. Disch, con el título de «Relatives».

Todos estamos a la pesca de justificaciones
racionales para creer en lo absurdo.
—Laurence Durrell, *Justine*

Estamos cavando nuestra propia tumba.
—John A. Stobmer, *None Dare Call It Treason*

Introducción^[*]

Lo esencial para tener presente acerca de la ciencia ficción, tal como se la publica generalmente en los Estados Unidos, es que los editores la consideran *category fiction*. En esta categoría se encuentran los relatos policiales, de enfermeras, góticos, de cowboys, de espionaje y los de aventuras tipo «macho»^[1]; también existieron los relatos de combates de la Primera Guerra Mundial, de béisbol y de tipo rural, todos los cuales desaparecieron hace ya mucho tiempo. Lo importante de este tipo de literatura es que se espera que sea producto conocido —por definición, los *category fiction* son rígidos recipientes de lo que contienen— que no perturbará, confundirá o molestará de ningún modo al lector; la gente ofendida tiene tendencia a no regresar a los quioscos a comprar más libros de ese tipo, mostrando así una adecuada reacción pavloviana.

Los *category fiction* son a la verdadera ficción lo que el *jingle* publicitario es a la sinfonía. Son algo preenvasado, esquematizado, tabulado y con la adecuada cantidad de compases. La diferencia no es desde luego tan grande como la que distingue al pararrayos del rayo mismo, utilizando un símil de Mark Twain; pero podría ser útil, para comprender mejor el asunto, considerar un aforismo de Clemenceau: «La justicia militar es justicia de la misma forma que la música militar es música». Cuando tratamos con las *category fiction* nos referimos a entidades entrecomilladas, adornadas con sombreros estafalarios, bigotes encerados, acentos teatrales y otras parafernalias de lo estereotipado.

La CF es, claro está, un tipo de *category fiction*. Los editores la distribuyen con rótulos en la sobrecubierta que dicen cosas como *Doubleday Science Fiction*, o adornan su producto con algún símbolo interesante que represente el infinito, o un núcleo atómico, para indicar así su contenido pseudocientífico. O lo envuelven en chillonas sobrecubiertas con reproducciones a todo color de feroces robots y veloces naves espaciales, para indicar al lector que lo ofrecido pertenece al género de CF, y no a ningún otro. Pero esto no significa necesariamente que el lector, que estira el brazo con reflejo condicionado para tomar ese envoltorio familiar, vaya a conseguir las pistolas de rayos y las naves cohetes que está buscando. El comprador habitual de novelas de enfermeras obtiene siempre una novela de enfermeras, repleta de doctores irresistibles y pacientes con amenazadores aneurismas. Pero el comprador habitual de CF es probable que sólo reciba algo indefinido cada vez que deposite su dinero en un mostrador.

Podría recibir, por ejemplo, un libro de George Alec Effinger.

Entre los *category fiction*, la CF es el género más perturbador porque, como el prototipo de todas las clases, tiene la pretensión de contener infinitos, y un recipiente de infinitos es posible que se convierta en una cosa incómoda y molesta, que sufre constantes y severas presiones en sus paredes, a medida que los objetos extras se desprenden de su interior y se dirigen fuera en pretendidas órbitas hiperbólicas. Probablemente esto sea muy molesto para los editores, a quienes les gustaría que las ventas de CF siguieran curvas fáciles de computar, y rindieran beneficios sin riesgos indebidos. Es también muy probable que esto sea molesto para muchos lectores.

Sospecho que la mayoría de los que leen novelas de enfermeras o relatos góticos prestan poca atención al nombre del autor —siempre que el uniforme de la enfermera esté bien almidonado, o que la luz brille en el altillo de esa siniestra mansión púrpura—; están seguros de que van a recibir lo que quieren. Pero el lector de CF que compra el envoltorio sobre la base del robot de ojos amarillos de la tapa, puede encontrar problemas si lo que busca es Asimov y le dan Ballard, si quiere Larry Niven y le dan Tom Disch, si suspira por Simak y le dan Ellison. Todos ellos escriben CF, claro está, y sus obras son empaquetadas de la misma manera; pero lo que se encuentra en su interior tiende a ser un producto muy particular.

Como los relatos de George Alec Effinger.

Effinger nunca ha pretendido, por lo menos que yo haya oído, ser escritor de CF. Si uno le pregunta a Asimov que tipo de *category fiction* escribe, él contestará sin vacilar y sin ruborizarse: CF. Si uno le pregunta a Poul Anderson, dirá más o menos lo mismo. Silverberg también. Pero si uno le pregunta a Effinger, podría decir que escribe novelas de enfermeras, o historietas para chicles globo, o literatura general, o simplemente dirá que escribe relatos, o trataría de negar que se trata de ficción. No sé. Él no es un elemento predecible. Es muy probable que no identifique lo que escribe como CF, no porque esté particularmente avergonzado de ser escritor de CF, sino porque no está totalmente seguro de que debería ser clasificado junto con Asimov, Anderson y Silverberg; y lo que ellos escriben es, por lo general, considerado CF.

Por otro lado, «Trouble Follows», uno de los primeros relatos de Effinger publicados, apareció en junio de 1971 en una antología llamada *Clarion*, compilada entre los estudiantes del primer taller literario de fantasía y CF de la Uni-

versidad de Clarion. La palabra CF aparece ocho veces en la sobrecubierta de este libro (el cual, incidentalmente, contiene también otros dos relatos del autor). Durante los años siguientes la obra de Effinger se publicó en *New Dimensions*^[2], *Universe*^[3], *Orbit*, *Analog* y *Fantasy & Science Fiction*. Todas estas publicaciones estaban explícitamente etiquetadas, en la sobrecubierta, como CF; todas ellas estaban envueltas de modo que su aspecto fuera el usual en esos libros, y todas son generalmente consideradas por sus lectores como CF. Si los relatos de George Alec Effinger se publican en esos lugares, estos deben ser CF, ¿no es verdad?

Más coincidencias. Hace ocho o diez años conocí a Effinger, entonces un joven imberbe de alrededor de veinte años, en Milford, Pennsylvania. Yo había ido a tomar parte en un evento llamado Reunión de Escritores de CF de Milford, o algo por el estilo. Él también. Todavía no había publicado nada, pero quería ser escritor. ¿Por qué razón concurriría un escritor en ciernes a una reunión de escritores de CF sino para aprender algo acerca de como escribir CF?

En 1972 se publicó su primera novela, *What Entropy Means to Me*. En este momento tengo un ejemplar de la primera —y única, y bastante rara— edición ante mí. Cuando uno abre el libro encuentra un texto de solapa que dice: «Se trata de una fantasía alegórica con muchos paralelos con nuestra época». Una fantasía alegórica no es lo mismo que una novela de CF, pero si uno llega a la página catorce de la obra descubrirá que el relato transcurre en un planeta de otra galaxia, donde los padres de los personajes se han trasladado desde la Tierra. Los relatos que tienen lugar en mundos extraterrestres son clasificados correcta y normalmente como CF. Si uno llega a la página catorce, ciertamente continuará leyendo las restantes 177 páginas de esta deliciosa novela, y notará que en realidad lo que ha leído

es una fantasía alegórica, más cercana en espíritu a las obras de James Branch Cabell que a las de Robert A. Heinlein. Pero ciertamente sucede en otro planeta.

Hermanos, la segunda novela de Effinger, publicada por Harper & Row en 1973, está identificada en su sobrecubierta simplemente como «una novela de Geo. Alec Effinger». El detalle biográfico en la solapa nos informa que el autor «ya ha publicado cuentos en revistas de CF», y la página del *copyright* indica que algunas partes del libro se publicaron anteriormente en *Fantasy & Science Fiction*, y que los editores publicitaron el libro en las revistas de CF bajo el rótulo de «Nuevos Libros para los Aficionados a la CF», pero en realidad no hay nada en lo referente al envoltorio que lleve al lector casual de librería a pensar que le ofrecen CF. La novela transcurre en nuestro planeta, pero en una sociedad muy diferente a la nuestra, en la cual el curso de historia del siglo XX ha sido totalmente diferente al que conocemos. El tema de los mundos paralelos es aceptado universalmente por las autoridades de la CF como algo perteneciente al género.

Effinger ha publicado también una colección de relatos cortos anterior al libro que tiene usted en su mano^[4]: *Mixed Feelings* (1974), también por Harper & Row, y envuelto también como libro de ficción no clasificada, y rotulado «Relatos de George Alec Effinger». El único lugar en que aparecen las palabras «CF» es en el texto de la solapa, donde se informa a los lectores que «George Alec Effinger es un joven escritor de extraordinario talento con una reputación firmemente establecida en el campo de la CF», y luego agrega: «Todos los relatos de *Mixed Feelings* aparecieron originalmente en publicaciones de CF», lo mismo que los relatos de *Irrational Numbers* (1976), cuyo primer relato, «Lydectes», es de CF de acuerdo con mis definiciones, y probablemente de las suyas.

¿Qué podemos entender de todo esto? Effinger es un escritor —joven, delgado, barbudo, melancólico, capricorniano— que frecuenta escritores de CF, concurre a las convenciones y a los talleres literarios de CF, y envía casi todos sus manuscritos a publicaciones de CF. Ha publicado dos novelas serias y ambiciosas: una de ellas fue rotulada como CF pero no lo era, la otra lo era pero no fue presentada así. Ha publicado dos libros de cuentos, uno con el rótulo de CF, otro sin él. Por definición es un escritor de CF, pero ¿escribe CF?, y si no lo hace, ¿qué opinará el lector casual que busca un buen relato de excitantes aventuras en galaxias lejanas?

No tengo respuestas ingeniosas. Creo que Effinger es, a veces, un escritor de CF, en tanto que en la mayoría de los casos es un surrealista, un dadaísta, la clase de persona que es capaz de posar para una foto de contratapa sosteniendo un trofeo de bowling, en vez de un premio Hugo, o de poner nombres de famosos jugadores de béisbol de la década del cincuenta a todos los personajes de un cuento corto, sin explicar lo que se propone. Es más o menos un autor que usa material de CF, o sea la acumulación temática heredada de Verne y Wells, Gernsback y Kuttner, Sturgeon y Asimov, Bradbury y Clarke, y todos los otros que quedaron en el camino. Usa a los robots y a las naves espaciales para sus propósitos juguetones.

Escribe una especie de *category fiction*. Pero no puede ser clasificado, excepto en esa categoría desordenada de los que no se comprometen, la clase de escritores que no encajan en su propia categoría.

Los escritores de *category fiction* que insisten en experimentar con los límites de su género suelen tener dificultades. Trastornan y confunden a la gran masa de lectores que forman el núcleo comercial que apoya a la CF; sus libros no

se venden tan bien como los que se atienen a las reglas establecidas: eventualmente ni siquiera logran ser publicados. Un escritor que insiste en oponerse al sistema probablemente será destruido, ya sea en un nivel o en otro. Algunos de los más grandes escritores de CF viven en una asombrosa pobreza, o desperdician sus mejores energías en trabajos no literarios, pues sus intentos de transformar la *category fiction* en literatura los ha enfrentado a tales desastres. Unos pocos, como Ray Bradbury o Kurt Vonnegut, de algún modo se las arreglan para producir lo que está fuera de clasificación. Se escurren sin problemas a través de la membrana limítrofe y hacen piruetas libremente. La mayoría, sin embargo, fracasan en su intento, se repliegan, y son triturados por la maquinaria. Me agrada pensar que George Alec Effinger no se encontrará entre las víctimas. Él ya muestra evidentes señales de supervivencia. Nunca será de gran valor para los que leen por reflejo condicionado, los que quieren ver al robot devorador de energía hacer estragos en la tapa, y ser parte del elenco de personajes; pero si tenemos suerte, él continuará deleitando, asombrando y sorprendiendo a quienes siempre tenemos la esperanza de encontrar vino nuevo en odres viejos.

Eso no significa que Effinger no escriba relatos acerca de robots devoradores de energía que causan estragos. Su modo de pensar es tal que su próximo relato bien podría ser acerca de un robot tipo Godzilla que mordisquea la torre norte del Centro Mundial de Comercio y la arroja hacia Filadelfia. Será un relato pletórico de emociones y escalofríos, y así lo dirá en el párrafo inicial, lanzando un pequeño cebo para que caigan los tontos.

El material de Effinger incluye todos los elementos estándar de la cultura *pop* contemporánea; sin embargo, lo que realiza con él es algo más que común, algo más que *pop*. Un viejo de Los Angeles llamado Simón Rodia construyó una

especie de Taj Mahal con botellas de soda rotas y pedacitos de mosaicos que no servían, y Effinger está haciendo algo parecido, a veces, con sus jugadores de béisbol, y sus científicos locos, y sus computadoras siniestras. Sus propósitos como escritor tienden a no ser congruentes con la mayoría de la gente como lectores, pero ese es un problema de ellos. Espero que no se convierta en el suyo, y tengo la sensación que no será así.

Robert Silverberg

Capítulo primero

La radio anunció que la calidad del aire se consideraba aceptable, cosa que ocurría por primera vez desde hacía dos años. A través de la única ventana de su departamento modular, Ernesto Weinraub no pudo notar ninguna diferencia: el cielo sobre Brooklyn parecía amarillento todavía, un color macilento que lo incitaba a retornar a la cama. No obstante, como todas las mañanas, se aguijoneó pensando en su trabajo y su remuneración. Cerró las persianas metálicas para que la luz no molestara a Gretchen, que aún dormía. Luego entró para afeitarse en el minúsculo sector cortinado que constituía el cuarto de baño.

¿Tendrá el aire allá afuera mejor olor que de costumbre?, se preguntaba Ernesto. Recordaba las fragancias estivales de su niñez. «Dios mío, debe haber ahora montones de chicos en las calles que quizá nunca han respirado ese fresco aroma de antes. Andarán por allá abajo jugando a la pelota, tratando de descubrir por qué esta mañana el aire está tan raro».

La vida en la ciudad había cambiado con rapidez; no muchos árboles tenían hojas en estos días, sólo unos pocos en Prospect Park. A Ernesto eso no lo hacía sentirse triste, lo hacía sentirse viejo.

Con la persiana cerrada, el departamento estaba oscuro. Ernesto se vistió rápido. Siempre se sentía muy sólo por la mañana, con su esposa dormida al otro lado de la habitación; lo asaltaban entonces pensamientos amargos y desagradables, y a menudo debía sacudir la cabeza para quebrar el hilo de la melancolía. Por televisión había escuchado a los sociólogos de turno dando las razones de ello: demasiada gente, demasiado hacinamiento. Uno necesita un